

del territorio, se convirtió en guerra de religion y se hizo que con pretexto de defender la fe cristiana, tomaran las armas los tarahumares y serranos, los guazaparis y cutecos, para combatir a los restos que acompañaban al gefe Quihue. Estos sencillos naturales, cristianos fervorosos como buenos discipulos del celoso padre Salvatierra, fácilmente se prestaron de instrumentos para asegurar el dominio del enemigo comun. Un día desde la mañana hasta la noche duro la batalla, en la que al fin quedó la victoria por los aliados, que volvieron muy satisfechos de haber destruido a los enemigos de su religion, y con esto quedó perpetuamente asegurada la paz en las provincias de los sonoras y tarahumares. Algunas naciones como los sumias, los xocomes y janos, desaparecieron, porque de sus naturales quedaron unos agregados a los pueblos reducidos a la obediencia del gobierno español y los que quedaron revelados vivieron desde entonces una vida errante y salvaje, siendo confundidos con los apaches; nacion numerosa y de duracerviz que jamás ha estado sujeta al yugo de autoridad alguna, y que desde aquel tiempo hasta nuestros dias solo se ocupan de invadir las rancherías y haciendas para ejercer sus depredaciones y asesinatos, que los han hecho tan temibles en todas las provincias de la frontera. Si los pobladores de aquellos terrenos hubieran observado una conducta mas humanitaria y civilizadora, habrian formado con los naturales un solo pueblo ligado con estrechos vinculos de la verdadera fraternidad y aun los apaches habrian caido en la red de la civilizacion, pero lejos de eso, su avaricia los condujo a repugnantes crueldades, que muchas veces obligo a tomar las armas para procurar la defensa de sus derechos ultrajados, hasta que quedando muchos reducidos a una vida enteramente salvaje, aumentaron el crecido numero de los barbaros apaches, que por tanto tiempo han sido el terror de las tierras septentrionales, esparciendo en todo su suelo la desolacion y la muerte.

Este mismo año que fué el de 1696, volvió á España el conde de Galve, sucediéndolo en el vireinato D. Juan de Ortega Montañez obispo de Michoacan, que tomó posesion de su empleo en 22 de Febrero y lo desempeñó hasta el 18 de Diciembre en que llegó el nuevo virey D. José Sarmiento Valladares, conde de Moctezhuma y Tula, descendiente de la muy noble familia de los antiguos reyes mexicanos. El conde de Moctezhuma gobernó cuatro años y el 4 de Noviembre de 1701, volvió á España, entrando á gobernar por segunda vez el Sr. Ortega Montañez que entonces era arzobispo de Méxiro, hasta el 27 de Noviembre de 1702 en que tomó posesion del vireinato D. Francisco Fernandez de la Cueva, Enriquez duque de Alburquerque y marqués de Guellar.

En todo este tiempo, tres fueron los acontecimientos mas notables que tuxieron lugar. Los trabajos del padre Kino en las misiones de la Pimería; la conquista de California por el padre jesuita Salvatierra; y la fundacion del segundo colegio apostólico de misioneros en Guadalupe de Zacatecas. Pero como para hablar de ellos es necesario invertir el orden cronológico despues de dar idea de los vireyes que gobernaron hasta el año de 1710, tratamos de cada uno de estos tres puntos en capítulos separados y segun el orden con que los dejamos indicados.

CAPITULO XVII.

Ministerio del Padre Kino en la Pimería.
 Los pueblos de la Pimería se hallan en la vasta provincia de Sonora, la mas septentrional entonces de la Nueva España, hoy de la nacion mexicana. Este es un yermo territorio, confin-

CAPITULO XVII
 BIBLIOTECA
 U. A. L.

na por el oriente con una larga cordillera de montes que lo separan de la Tarahumara: al poniente con el golfo de Cortés o mar de California cuyas aguas banan sus costas desde la embocadura del yaqui hasta la del famoso rio colorado: hacia el sur lo separa la corriente del yaqui, de Ostimuri y Sinaloa; y por el norte linda con el territorio del N. México y se extiende hasta la junta de los rios gila y colorado.

Fuera de estos grandes rios que fertilizan el valle de Sonora, tiene otros aunque menores, como son el de S. Pedro, el de Matape, el de los Hures que tiene su nacimiento junto al real de Cananea: el de Coscopera que se pierde en los llanos de Santa Rosa: el de Tubutama que nace cerca de la Arizona y sus aguas se pierden en las arenosas playas mucho antes de llegar al mar: y el de Santa María Soamea, que acaba su carrera junto al presidio de Tubac. La tierra de esta provincia es muy fértil y se cosechan en abundancia, toda clase de granos y legumbres, principalmente en la Pimeria alta, que de 600 almudes de maiz que se siembran se cosechan hasta quinientas fanegas. Sus bosques estaban poblados de toda clase de animales silvestres y feroces, y son muy propios para la cria de ganados: abundan en esquisitas maderas; y lo mismo en plantas útiles para la vida del hombre, así alimenticias como medicinales. El clima de la Sonora no es uniforme, pues en los puntos mas cercanos al mar de California, es mas caliente que templado: y en los lugares de la parte oriental se prolonga mas el invierno y nieva con mucha frecuencia; pero en lo general es muy sano y los habitantes viven bastante siendo muy frecuentes los casos de una longevidad extraordinaria.

Los pueblos que habitan este extenso territorio, los dividen en cuatro clases principales, que son los opatas, pimas, seris y apaches. Estos últimos son los que habitan las serranias que circundan estas regiones y se extienden hasta el N. México:

nacion muy numerosa; y que como hemos dicho antes ha sido el terrible azote no solo de las poblaciones mas inmediatas, sino que posteriormente ha hecho sentir los estragos de su bárbaro furor hasta las poblaciones mas céntricas de nuestra nacion. Los seris, entre los cuales tambien se comprenden los guaimas, habitaban las costas del seno californio, desde cerca de la embocadura del yaqui, hasta la bahia de San Juan Bautista: bajo la denominacion de opatas se conocian los sonoras, los tovas y los eudeves, que habitaban la parte oriental de la Sonora y que eran muy semejantes en las costumbres y en el idioma. Y entre los pimas altos, se comprendian los opas, cocomaricopas, hudcoacanes, yumas, quiquimas y otros muchos pueblos que se estendian por las riberas de los rios gila y colorado.

El misterioso pasado de estos pueblos parece haber sido de muy poca importancia, segun se pudo averiguar por algunas confusas y escasas tradiciones, único medio de hacer conocer su antigüedad, pues entre ellos era desconocido el uso de la escritura por geroglíficos por cuyo medio perpetuaron la memoria de sus acontecimientos los mexicanos y demas pueblos que habitaban el valle del Anahuac. No se pudo tener noticia de la religion que tenian estos pueblos, ni hay vestigio de que hicieran algun sacrificio, ni rindieran adoracion ó culto externo á las divinidades que reconocieran; pero por lo mismo que eran tan incultos, se daban mas á las supersticiones y agüeros. El modo mas particular de consultarlos, era tomando entre sus manos una langosta; y asiéndola por la cabeza, hacian las preguntas de lo que deseaban saber; y recibian la respuesta de aquel mudo é impotente oráculo, observando el movimiento de sus pies ó manos, que interpretaban segun las reglas que para ello les daba la tradicion de sus mayores. Un aire impetuoso los atemorizaba, porque lo creian precursor de una invasion de sus enemigos: en un eclipse de sol ó luna,

saltan hombres y mujeres dando muy fuertes alaridos; y se re-
 gociaban hasta el grado de formar bailes y dar saltos de pla-
 cer al ver la vibracion del relampago y el estallido del trueno,
 temiendo por otra parte tal horror a los efectos del rayo,
 que era un unico genero de muerte de que se manifestaban te-
 morosos, y al que por esa causa quedaba accidentado, lo sepa-
 raban de su comunión, con el mismo supersticioso cuidado con
 que los romanos evitaban el trato con una persona contami-
 nada por esta causa.

El matrimonio era reconocido en todos los pueblos, cete-
 brandolo con multitud de ritos supersticiosos: en el nacimien-
 to de los niños, se convidaba un *peri*, que era una especie de
 padrino, el cual despues de que al recién nacido se le hacia
 una figura semicircular en derredor de los párpados, picán-
 dole con una espina y llenándole las picaduras con un color ne-
 gro, le hacia una exhortacion advirtiéndole sus deberes segun
 su sexo y le ponía el nombre con que debía ser conocido: a
 los muertos se les ponía en el sepulcro algunos alimentos y
 objetos de ajuar de su casa; si eran muertos de rayo, no se les
 daba sepultura hasta pasados cuatro dias, esperando que la
 alma volviera a animarlos, porque la creían volando en der-
 redor del cuerpo, atemorizada con el estruendo del trueno, y
 cuando moría un niño, la madre estaba obligada a regar por
 algunos dias, el sepulcro de su pequeño hijo con la leche de
 sus pechos.

La industria les era del todo desconocida, porque sus nece-
 sidades para el alimento y vestido, las remedaban con los
 mismos frutos de la naturaleza: los animales que poblaban los
 bosques y las plantas y frutos silvestres les daban el sustento,
 mientras el hilo de la segunda corteza de palma macerada, les
 servía para hacer un tejido que aunque tosco, les bastaba pa-
 ra cubrir la desnudez de su cuerpo. El gobierno civil era
 muy imperfecto: era ejercido por los ancianos ó gefes mas vá-

lerosos; y casi no tenia aplicacion, sino para reglamentar los
 ejercicios de la guerra. En la profesion de las armas se cri-
 fraba todo el porvenir de los jóvenes indigenas del valle de
 Sonora, particularmente entre los apaches; el que deseaba ser
 admitido entre los guerreros de la nacion tenia que sujetarse
 á un formulario tan cruel y bárbaro como los pueblos salvajes
 en que se practicaba; pero antes de dar lugar á esta ceremo-
 nia, el pretendiente ponía á una ruda prueba su aptitud para
 la guerra en algunas campañas. Cuando ya el solicitante es-
 taba aprobado por los ancianos para pertenecer al cuerpo de
 guerreros, eran citados todos á un lugar, donde el que preten-
 dia debía dar la última prueba de su fortaleza y su valor.
 Todos los indigenas preparados con sus arcos y flechas, y
 sus demas armas que usaban en la guerra, formaban un gran
 círculo en cuyo centro se colocaba el pretendiente, con uno de
 los mas distinguidos soldados que le servia de padrino, el
 cual se ponía por detrás de su ahijado, teniéndole las manos
 en los hombros. Entonces, uno de los capitanes que hubiera
 obtenido mas victorias, hacia un largo discurso, ponderando
 los trabajos que se deben sufrir en la campaña y exponiendo
 que no se podia obtener victoria y eternizar el nombre, sino
 sufriendo con constancia el hambre, el calor, el frio, las vigi-
 lias y toda clase de fatigas y penalidades que son consiguien-
 tes en la campaña. Despues de esta exhortacion, sacaba de
 su carcax unas uñas de águila, con las cuales le sajabán los
 brazos desde el hombro hasta la muñeca, el pecho, los muslos
 y las piernas: durante este bárbaro sacrificio, el paciente de-
 be permanecer sin exhalar una queja y manifestar, en la sere-
 nidad de su semblante, que sabrá despreciar los mayores peli-
 gros; y mientras sea el menos antiguo de los soldados, siem-
 pre debe llevar la peor parte en todos casos, sufriendo los ri-
 gores del frio sin manifestar la menor mortificacion ni pro-
 curar acercarse á la hoguera, pasando la noche en vigilia y tole-

CAPITULO
 BIBLIOTECA
 U. A. D. D.

rando todos los trabajos, que los ancianos procuraban no escasear en tan duro noviciado. Después de que estos indígenas pasaban por esta escuela, no es extraño que su razón se ofuscara hasta confundirse con los débiles instintos de los brutos, y que amortiguada la sensibilidad de su corazón, se entregaran a tan inauditas crueldades, con la misma feroz alegría, con que una bestia salvaje concurre al sangriento festín en los óseos antros que le sirven de morada.

En estos pueblos se fundaron las primeras misiones entre los ópatas y sonoras, que por la proximidad de estos con los neomes o pinas bajos y la comunicacion en que estaban unos y otros pueblos, adquirieron noticia de la religion cristiana y solicitaron la enseñanza de los misioneros jesuitas, que eran los que tenían a su cargo la instruccion religiosa de aquellos remotos países; pero entre los guaimas, seris y los muchos pueblos de la Pimeria alta, no resonó el nombre del verdadero Dios, hasta que el P. Eusebio Francisco Kino jesuita natural de la ciudad de Trento, puso su planta en aquel suelo que por tantos años habia estado oculto a los destellos de la religion.

Ya antes hemos visto con cuanto empeño solicitó en el virreinato y la audiencia de Guadalajara el permiso para entrar a enseñar el evangelio a la inmensa gentilidad que habitaba aquellos remotos países, garantizando antes en cuanto lo permitian su estado y sus circunstancias, la libertad y los derechos naturales de los indígenas, para que las vejaciones de los poderosos españoles, no fuera un obstáculo que contuviera la marcha de la civilizacion de aquellos incultos pueblos. Con estos preparativos entró a la Pimeria animado del celo de un apóstol, y ya tambien hemos dicho como el fruto de sus primeros esfuerzos, fueron la formacion de cuatro pueblos, donde cada dia se aumentaban muchas almas a la gran familia del Crucificado.

El padre Kino, como todos los hombres que verdaderamente aman la civilizacion y el progreso, no se encerraba en el estrecho círculo de un esclusivismo estéril, sino que el blanco de sus miras, eran la utilidad general y el vasto horizonte del porvenir. La Pimeria como hemos dicho, era un país abundante en toda clase de objetos y muy poblado de infieles: era pues doble el objeto que animaba el celo de este apóstol. Querria ilustrar con la luz evangélica a los millares de indígenas que formaban la estensa mies donde iba a trabajar; y una vez reducida aquella gentilidad a vida civilizada, utilizar los grandes recursos de su fértil territorio, para la grande obra de la civilizacion de la vecina provincia de California.

Cuando agitaba su mente para madurar este pensamiento, llegó con él el padre Salvatierra, hombre igualmente celoso del bien de la humanidad y que entonces era visitador de las misiones de Sonora y Sinaloa; el padre Kino le descubrió su corazón y lo hizo encenderse en el mismo fuego por llevar adelante aquella empresa. Animados del mismo espíritu, confirieron los dos sobre asunto de tanta importancia; y cuando acordaron todos los medios convenientes para la conversion de la inmensa gentilidad que se extendia hasta el seno de California, se retiró el padre Salvatierra, ordenándole a su compañero procurarse aprestar los materiales necesarios para la construccion de un buque que sirviera en la realizacion de la empresa que ya dejaban acordada para el tiempo mas oportuno.

Comenzó el padre Kino por evangelizar a los pinas que habitaban desde Dolores hasta San Javier del Bac, y cuando dejó bien sembrada la semilla de la religion entre ellos, caminó hacia el poniente por el territorio de los sobas hasta tocar las playas del mar de California, acompañado del padre Agustín Campos y del capitán Don Juan Mateo Mange, sobrino del gobernador de Sonora. Este viaje fué de grande utilidad para la causa de la civilizacion, porque al mismo tiempo que

los padres compusieron las enemistades de muchos pueblos y los iban preparando para recibir la fe cristiana, se avivó en ellos el deseo de la conversión de los californios. Al subir la sierra del Nazareno, vieron la costa opuesta de California, pareciéndoles no distar más de diez y ocho leguas: reconocieron las islas del Tiburón, la de los seris a la que dieron el nombre de San Agustín, y observaron que las corrientes del mar no se dirigían al norte, de donde presumieron que por aquel lado estaría unida la tierra, y que sería tanto más fácil llevar a buen término el proyecto que habían formado para la utilidad de aquellos pueblos.

Entonces se decidió el padre Kino a ejecutar la construcción del barco y volviéndose a Dolores, se provió de hachas, sierras y demás instrumentos necesarios para la obra, saliendo para Caborea con veinte indios carpinteros, que debían trabajar bajo su dirección. El día que debían dar principio estos trabajos, se celebró el santo sacrificio de la misa para impetrar la bendición del cielo, y luego se cortó un alamo que por su magnitud estaba a propósito para formar la quilla. Mientras los indios carpinteros cortaban la demás madera necesaria, el padre siguió recorriendo aquellos contornos para ejercer su apostólico ministerio, y persuadió al capitán Mange para que con algunos guías de los indígenas, expedicionara al norte hasta reconocer los confines de aquella vasta región. El capitán avanzó algo hasta tener noticia de los muchos habitantes que poblaban las riberas del río gila; pero abandonado por los guías, que se manifestaron muy recelosos de la fiereza de aquellos habitantes, se volvió a Caborea para dar al padre, los informes que había podido adquirir. Poco después de la vuelta del capitán, llegaron unos indios de San Javier del Bac y ellos, corroboraron los mismos informes, por lo cual el padre Kino se encendió en deseos de llevar a aquellos remotos pueblos la luz del evangelio: en estos mo-

mentos recibió orden de sus superiores para abandonar la construcción del barco, y no teniendo ya cosa que lo detuviera, emprendió el viaje por el suelo incógnito, donde por primera vez iba a hacer brillar la antorcha de la civilización. Dejando arreglado los negocios de los pueblos que ya tenía formados, salió guiado por los mismos indios de San Javier, y después de caminar más de cien leguas hacia el norte, llegó al río gila a cuyas orillas encontró los grandes edificios famosos por su antigüedad. Como a una legua del río, está el edificio que llamaban Casa grande de Moctezulzuma, nombre que se le dio por ser tradición constante haber sido construida por los mexicanos en su célebre viaje de su patria de Aztlan para las regiones meridionales. Era un edificio cuadrilongo de cuatro altos, con sus paredes muy sólidas y vigas de madera de cedro: todo dividido en muchas piezas de tanta amplitud, que podría alojarse una corte, y de tan buena construcción, que a pesar de su antigüedad permanecía en pie en aquel tiempo y aun mucho después que lo reconoció el padre Vega, según lo manifiesta en sus manuscritos. Como a tres leguas de esta casa se veían las ruinas de una ciudad, teniendo todas sus cuadras iguales y las casas de tres y cuatro altos: mas al interior del país, según el testimonio de los naturales, había otros varios edificios de admirable construcción y simetría, entre ellos uno en forma de laberinto, que parecía palacio o casa de recreo de algún gran señor. En todos los contornos de esta ciudad, donde quiera que se cavaba la tierra, se descubrían objetos del uso doméstico, particularmente fragmentos de losa muy fina y de variados colores: dos leguas de la casa río arriba, aun se notaba una acequia capaz de abastecer una poblada ciudad y de regar grande estension de aquella fértil tierra: al poniente y como a distancia de media legua, está una laguna de forma cuasi circular, que desagua en el río por un estrecho vertidero, la cual por su regularidad parece obra del arti-